

RAMÓN PÉREZ DE CASTRO



PREGÓN 2022

Semana Santa
Medina de Rioseco

PREGÓN DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
2022

Ramón Pérez de Castro

© Junta de Semana Santa

© del texto, su autor

Fotografía de portada: Ramón Pérez de Castro

Imprime: Gráficas Gutiérrez Martín

DL VA 143-2016

PROCLAMA

EN EL NOMEN DEL PADRE QUE FIZO EL CIELO Y LA TIERRA. Y EN EL DEL HIJO QUE NACIÓ DE SANTA MARÍA LA GLORIOSA Y DEL ESPÍRITU SANTO, PARA SUFRIR LA PASIÓN Y MUERTE, RESUCITANDO GLORIOSO... INVOCANDO A MARÍA SEÑORA DE CASTILVIEJO, AL SANTO JUAN EL BAUTISTA Y A SAN YAGO PEREGRINO, FAGO EL SERVICIO DE PREGONAR Y PROCLAMAR POR RÚAS Y PLAZUELAS DE ESTA NOBLE MEDINA DE RIOSECO QUE:

POR LOS HONORABLES REGIDORES DEL CONCEJO, SEÑORES DE JUSTICIA, CLÉRIGOS Y HOMES BUENOS PRESIDIDOS POR LA VARA MAYOR DE LA SEMANA SANTA, MAYORDOMOS, HERMANOS Y HERMANAS DE LAS COFRADÍAS Y HERMANDADES PENITENCIALES, HAN ACORDADO, AYUNTADOS POR LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD QUE HOY, 09 DE ABRIL, SÁBADO DE DOLORES, SANTA CASILDA DE TOLEDO, SE HAGA LA PROCLAMA PÚBLICA Y PREGONERA EN EL TEMPLO DE SANTA MARÍA DE MEDIAVILLA, A LAS VEINTE Y TREINTA HORAS, ANTE EL PASO DE «LA VIRGEN DE LA PIEDAD» DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE MEDIAVILLA, PARA QUE, ANTE TODOS ELLOS Y EL PUEBLO FIEL, SE ENALTEZCAN LOS VALORES DE LA PASIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

SEPADES QUE ESTA PROCLAMA PREGONERA LA DIRÁ EL SR. D. RAMÓN PÉREZ DE CASTRO, DOCTOR EN HISTORIA DEL ARTE, PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID Y COFRADE DE NUESTRO SEÑOR JESÚS DE LA DESNUDEZ Y COFRADE DE LA VIRGEN DE LA PIEDAD.

LO FAGO POR MANDATO DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA JUNTA DE SEMANA SANTA, DON ANTONIO HERRERA TOQUERO.

ÍTEM MÁS, DAMOS PÚBLICAS GRACIAS A DIOS PADRE, A DIOS HIJO Y A DIOS ESPÍRITU SANTO Y PEDIMOS ORACIONES PARA QUE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO, VICARIO DE CRISTO EN LA TIERRA, PASTOREE CON SINGULAR TINO LA IGLESIA CATÓLICA UNIVERSAL.

DADO EN LA CUARESMA DEL VIGÉSIMO SEGUNDO AÑO DE GRACIA DEL SIGLO XXI, OCTAVO DEL REINADO DE FELIPE VI: EL REY.

PRESENTACIÓN

Con la licencia de los Reverendos Párrocos de Santa María y Santiago «in solidum», don Juan Carlos Fraile San Miguel y don Alberto Rodríguez Cillero.

Autoridades civiles, militares y eclesiásticas que hacéis el honor de acompañarnos. Mayordomos de las cofradías y hermandades riosecanas que veis cumplido el anhelado y esperado deseo de servir en este año a vuestros hermanos de cofradía. Hermanas y hermanos cofrades, riosecanos, amigas y amigos todos.

Muchos son los sentimientos que se agolpan en estos momentos en mi interior y a los que me cuesta convertir en palabra para expresar todo lo que ante mí se presenta en el día de hoy, y presentar al que será, al que es nuestro pregonero de la Semana Santa riosecana del año 2022, Don Ramón Pérez de Castro.

Por fin, tras dos años de dura pandemia, que ha modificado hasta términos inimaginables nuestra convivencia cotidiana, dos años cargados de restricciones y medidas sanitarias que han visto conculcadas nuestras vidas, nuestra forma de relacionarnos y restringido nuestra forma de expresar nuestros sentimiento y tradiciones más arraigadas, me presento ante ustedes, con una mezcla de nerviosismo, responsabilidad y renovada ilusión que las circunstancias y la solemnidad del acto disponen.

Decía, que son muchas las palabras que pugnan por salir, pero sin duda la primera ha de ser GRACIAS.

GRACIAS a los representantes de las cofradías y hermandades que me otorgaron su apoyo, en un ya lejano junio de 2020, para presidir la Junta de Semana Santa, y a los que espero devolver, con creces, la confianza prestada.

GRACIAS a la junta saliente, que durante cuatro años han trabajado con denuesto para y por la Semana Santa de la ciudad, siendo un modelo de gestión, basada en la profesionalidad de sus miembros, pero también en la responsabilidad, ejemplaridad y riosecanismo, que me consta, son los valores que han inspirado su trabajo al frente de la Junta en estos últimos años. Queridos hermanos Julio de las Heras, Antonio Santamaría, Juan Carlos Esteban, Antonio Martín, Ramón San José y Eugenio Pérez. Sois el espejo en el que nos miramos y un modelo a seguir. Que sirva este acto y mis palabras como público homenaje a vuestro trabajo y dedicación, con el objetivo puesto en engrandecer nuestra Semana Mayor.

GRACIAS, me vais a permitir que aproveche este momento, a todos aquellos trabajadores que en su momento denominamos «esenciales», y que han trabajado hasta la extenuación, incluso poniendo en riesgo su propia vida, para que el conjunto de la sociedad soportáramos esta dura prueba que para todos ha supuesto la

pandemia, y que tanto y a tantos ha afectado. Me refiero a una larga lista de ciudadanos que trabajaron en los momentos más duros, y aun hoy siguen trabajando en pos de una pronta recuperación social, económica y sanitaria de España. Muchos de estos fueron vecinos riosecanos, cofrades riosecanos, que en estos momentos tan difíciles supieron estar a la altura de las circunstancias e hicieron honor al calificativo de «hermanos», que a todos nos une y a todos nos define, en una muestra ejemplar de solidaridad y desprendimiento.

Queridos Mayordomos de las cofradías y hermandades penitenciales de Medina de Rioseco, ha llegado al fin el día. Hoy, en este solemne acto, que representa el inicio de nuestra Semana de Pasión, portáis la Vara de la cofradía, que a todos nos representa y agrupa. Os supongo expectantes ante lo que ha de llegar en estos días, más, tras esta larga espera de dos años. Mis mejores deseos para vosotros, que lo viváis plenos de orgullo y de alegría, rodeados de vuestras familias, amigos y hermanos de cofradías. Que sea para vosotros una semana, un año, inolvidable en vuestras vidas.

El riosecano Don Ramón Perez de Castro ha hecho de su pasión su profesión. Desde el año 2004 es profesor del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Valladolid, institución en la que se doctoró con un trabajo sobre la escultura y el uso de la imagen entre el Renacimiento y el Barroco en la antigua diócesis palentina.

Le avala una larga trayectoria investigadora, centrada en las manifestaciones artísticas y su patrocinio durante la Edad Moderna, especialmente en el campo de la escultura y la retablistica. Ha participado en varios proyectos de restauración arquitectónica y en el montaje de museos y exposiciones. Es autor y coordinador de numerosas publicaciones en el ámbito de la imaginería castellana, así como de sus usos, y los ritos y tradiciones que la sustentan.

Ramón es cofrade por tradición familiar, haciendo buena la máxima de que la familia es el pilar en el que se sustenta las cofradías riosecanas, siendo cofrade de la Hermandad de Nuestro Señor Jesús de Desnudez y de la Hermandad de la Virgen de la Piedad, de la que este año es también su Mayordomo.

Sin duda, Ramón atesora muchos de esos atributos o méritos que hay que cumplir para ser pregonero de la Semana Santa riosecana. Todos los presentes, estamos expectantes ante un pregón que se me antoja, será inolvidable, acaso todos los son, ya que no son más que la transmisión por medio de la palabra de un compendio de saberes, pero en el caso de hoy, de un amplísimo bagaje de riosecanismo, de paisanaje y de sentimientos vividos en primera persona, al calor de sus cofradías y de su familia.

Querido Ramón, hermano mío, amigo mío..., Medina de Rioseco espera tu pregón, que no sean mis palabras lo que lo demore. Tuya es la palabra.

Muchas gracias.

ANTONIO HERRERA TOQUERO
*Presidente de la Junta de Semana Santa
Abril 2022*

**PREGÓN DE SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO - 2022**



El pregonero, Ramón Pérez de Castro (foto F. Fradejas).

PREÁMBULO

– Llevad con orgullo la medalla en el pecho. Nunca dejéis de hacerlo.

Solo las semillas que cayeron en tierra fértil brotaron y produjeron fruto al ciento por uno. *«Lo que cayó en tierra fértil son los que escuchan la Palabra con un corazón bien dispuesto, la retienen, y dan fruto gracias a su constancia»* (Lc 8, 4-15). Y aquí estamos, dispuestos como nunca a escuchar y retener la palabra en este año de reencuentros.

– Llevad con orgullo la medalla en el pecho— volvió a decir con la voz aún más rota—. *Nunca dejéis de hacerlo.*

Los cofrades de la Crucifixión, fueron recibiendo este sagrado encargo en las puertas de Santa María.

Era un frío día, un siete de enero de hace casi diez años. Manuel Moras despedía a su hijo —como tú, Virgen de la Piedad— y, sin pretenderlo, nos entregaba una lección de las que no se pueden aprender carteando ningún legajo amarillento y que nunca se escribirá en ningún libro de historia. De esas que nos impresionan y se nos meten en el alma para dar fruto *«al ciento por uno»*.

Hoy esa voz ya no existe. O sí, porque la sigo oyendo y me alumbra. Quiero pensar que es la misma luz que en sus manos sujetó aquel carpintero cuando me bautizaron, en este mismo lugar, en otro tiempo. La misma luz que encendemos año tras año el Jueves y el Viernes Santo. Una luz que no se consume ni se apaga porque va de mano en mano y de generación en generación. Es la luz radiante del Domingo de Resurrección.

¿Por qué un padre con el alma rota en el funeral de su hijo, con la vida yéndosele sin remedio, alienta a los demás a perseverar en la fe, en la tradición y en el recuerdo? Mirad a mi izquierda. Ahí encontraréis la

respuesta. En la madera lleva grabado el mensaje desde hace cinco siglos. Miraos a vosotros. Sabéis la respuesta porque sois el grano que ha caído en esta tierra fecunda donde arraiga nuestra Semana Santa. Una tierra amasada, roturada por los hombres palmo a palmo, año tras año y abierta al cielo infinito. Sois el grano plantado por vuestros abuelos, y por los abuelos de vuestros abuelos y cada año venís a ofrecer los frutos.

Como oí a Manolo, nunca dejéis la medalla, llevadla siempre anudada al cuello y apoyada entre el corazón y el alma, como él mismo la siguió portando cada Viernes Santo mientras estuvo entre nosotros. Llevadla siempre reluciente y orgullosa.

A TOQUE DEL PARDAL, REDOBLE DE TAPETÁN
Y COMPASES DE LA LÁGRIMA

Reverendos párrocos. Excelentísimas autoridades. Sr. Presidente y miembros de la Junta de Semana Santa. Mayordomos, hermanos, riosecanos. Queridos amigos.

Así empezaba un pregón que no fue y nunca será, que quedó interrumpido y silenciado hace dos años y que ha tenido que ser reescrito por completo. Tres años y dos semanas santas viviendo en pausa, agotando la reserva de la añoranza. Han pasado muchas cosas. Se nos ha ido demasiada gente querida y muchos conocidos a causa de la pandemia o del propio discurrir del tiempo. Es de justicia recordarlos ahora que estamos de nuevo juntos, preparando nuestro reencuentro a pesar de sus dolorosas ausencias.

Cuántas veces en los días más oscuros de una primavera que nacía he recordado las terribles *Lamentaciones*, cuando Job interpela al Creador, de tú a tú:

*«quiero dar libre curso a mi queja, expresaré toda mi amargura (...)
¿Acaso tienes ojos de carne? ¿Ves tú las cosas como las ven los hombres? (...)
Tus manos me modelaron y me hicieron, y luego, cambiando de parecer, me destruyes».*

«¡Qué solitaria está la ciudad antes populosa!» se quejaba también Jeremías. Qué tristeza en las noches. Qué angustiosa tristeza la de los

soportales vacíos y las calles mojadas —no sólo por la lluvia— en aquellas noches de Jueves y Viernes Santo sin pasos, sin traqueteo de horquillas y sin el oleaje blanco, negro y morado que puntualmente las inunda desde hace siglos... sin el rumor de las generaciones. Cuánto dolor sin la *Dolorosa* y sin el hombro dolorido. Y cuánta soledad sin la *Soledad* y sin el frío del Viernes Santo al girar por la Puerta de Mediodía. Qué desnudo el mundo sin *Desnudez* y cuánto pecho lacerado sin *Longinos*. Y tú, *Piedad*, sin nosotros; y nosotros en ayuno permanente sin poder acompañarte. Y vosotros, mayordomos, atentos a la espera para servirlos a ellos y a todos.

Pero entre esa triste realidad nació otra lección; una nueva lección: tomamos conciencia real, casi medible, de la trascendencia que supone para nosotros como comunidad cumplir con el rito; de hasta qué punto este construye nuestra identidad, aquello que consideramos esencial. Y se oró sin *oído a rezar*. Y se encendieron los faroles desde los balcones. Y nos sentimos unidos, apiñados, a pesar de la diáspora. Todos fuimos emigrantes aún con la torre de Santa María ante nuestros ojos. Claro que hubo Semana Santa y no la olvidaremos aunque queramos que se pierda su recuerdo «*como lágrimas en la lluvia*».

Pero el tiempo se ha cumplido. Continuamos, perseveramos por la obligación contraída y por la esperanza y, al fin, llegamos al día de hoy. La luz también se hizo para Job. Los años se acaban de atar definitivamente con cada sonido de la trompeta del *Pardal* y cada compás de la *Lágrima*. Sus sonos nos han despertado, como cada Semana Santa. Nos han pellizcado desde lo hondo, desde ese lugar que está tan adentro que ni siquiera nos pertenece porque allí es donde reside ese hombre eterno que llevamos dentro, eso que nos conecta entre nosotros en comunión y que no distingue entre tiempo pasado ni tiempo futuro porque simplemente es *ser*; o al menos así nos lo parece. Ese *algo* que glosó Unamuno, que no es antes ni ahora ni después «*sino lo de siempre y de nunca*». Allí está el niño que fuimos y el que otros fueron, el anciano que fue y el que con suerte seremos, y allí está también el hombre que tomó su cruz, va para dos mil años. Al mismo tiempo ese chasquido ha emergido en escalofrío, ha erizado la piel en la superficie de lo que somos en este instante, aquí y ahora. Somos piel, somos terciopelo, lienzo blanco o paño castellano de unas túnicas heredadas. Somos el olor de un incienso que nunca se apaga y que transporta una corriente de aire que no se detiene.

Qué lástima que alguien me confiara este pregón; que Julio dispusiera y Antonio confirmara mi nombre creyendo que podría cortar mi pluma a la altura de los sesenta y dos pregones precedentes e impostar mi voz con una profundidad que no tiene, en un año tan especial. Perdonadme. Yo me dedico sobre todo a preguntar y, con suerte, a encontrar algunas respuestas con esfuerzo, «*solo por ver si con estudiar ignoro menos*» como dijo sor Juana Inés de la Cruz. Y aquí me hallo, como el estudiante que no se ha preparado lo suficiente un temario inmenso. O mejor, como el adolescente ante su primer y único poso, intentando sostener la horquilla para que no se caiga ante la mirada entre complaciente y socarrona de los veteranos, un instante antes de sentir el peso. Como si Pedro —o Manuel antes que él— me hubiera dado un poquito de resina para la sacar la *Escalera* sin más cadena ni ayuda que la de uno mismo, escrutado por todo un corro a reventar y con un *Longinos* en la calle que lo ha hecho de maravilla. Así me siento y creo que me entendéis, ¿verdad?

No hay tiempo para más quejas. Ya basta de lamentaciones. Queridos amigos, ya no hay marcha atrás posible y me cabe el enorme honor de haceros saber —qué paradoja— algo que todos sabéis: ya estamos por fin de nuevo ante el tiempo denso y luminoso de Semana Santa. Ya es Semana Santa.

A LAS PUERTAS

Las puertas del granero están abiertas porque llegan los días santos. Cuando se abren las puertas de Santiago, de Santa María o de la capilla de los pasos grandes lo hacen para que salgan los pasos pero también para que entremos a renovar el diezmo contraído. Y lo cumplimos con gusto. Por unos días sus naves se hacen calles y las inunda una algarabía continua, un ir y venir constante y nervioso; y las calles se hacen templos, especialmente esa larga capilla jalonada de postes que llamamos rúa. Cada calle tiene su propio ambiente, su propia esencia en continuo cambio. Así, tras la agitación de la salida de Santiago, todo se remansa en la calle Mediana el Jueves Santo en un silencio solo roto por los tapetanes y el golpeteo machacón de las horquillas que minuto a minuto van haciendo oscurecer el cielo. Ese mismo escenario es todo confusión, griterío y último aliento en el Viernes Santo. ¿Quién diría que es la misma calle? Hay espacios y

tiempos para la oración, para la reflexión y hasta para la confesión. Virgen de la Piedad, ¡cuántas veces el paño de tu cruz me ha parecido una estola y la he usado para contarte lo mío y lo de los míos, mirada por mirada bajo el confesonario de una careta en el corro de San Miguel o en la calle de la Sal!...

Las puertas ya están abiertas. Sobran campanas que lo anuncien, proclamas por las calles... ni tan siquiera se necesita pregón. Esta mañana lo hicieron las de Santa Cruz para que, después de tanto tiempo y ante un atrio lleno de expectación —que quiere decir *esperanza*—, saliesen del encierro los pasos en el *Traslado*. Todo me parece sencillo y honesto en Rioseco, hasta las palabras. Tal vez por eso llamamos solo «barros» a esas maravillosas esculturas de Juni. Y llamamos solo «*traslado*» —que etimológicamente significa «*acción de transportar*», de portar... de nuevo la palabra «*puerta*»—, a lo que es la mayor bocanada de alegría que en muchos meses podemos respirar: esa puerta abierta a vecinos y forasteros hacia el fondo de nuestras esencias. Y más en este año, rúa arriba, a contrapelo. Qué discretas parecerán a cualquiera que venga estas *levantás* sin más palabras que un sencillo *oído*, sin brillantes llamadores, con un golpe en el tablero. Aquí no hay *capillitas*, ni *cuadrillas* ni *capataces*: únicamente hay hermanos y dos cadenas; cadenas que unen y que, como en un muro de tapial, sirven para dar fortaleza en el esfuerzo colectivo. Los que hemos visto a los de *Faraón*, a los Matas o a los Brezmes —sea Colás padre o hijo, que tanto monta—, a Pedro Cuenca, a Isidro Gómez —a quien tanto se echará de menos— a los *Levitas* o a los Iglesias... a tantos otros —tantos nombres, tantas familias— sabemos qué es ser cadena en Rioseco. Alguno hay que se extraña de la pobreza de las caretas frente a los espigados capirotos; y la falta de colorido; y la falta de flores... Dejados...

Todo parece sencillo y humilde en Rioseco y también en su Semana Santa. Decía santa Teresa que Dios es amigo sobre todo de la humildad porque la humildad es andar en verdad. No hay nada más sencillo que ese *Longinos* que sale a la calle con un toque de plumero y una buena mano de cera brillante en el tablero que ha aplicado Ricardo —y antes Fernan, y antes su padre— mano sobre mano a lo largo de un tiempo impreciso. Y al mismo tiempo que humilde y sencillo es tan verdadero y tan grandioso que cuando sus palos asoman por la puerta no hay palabras que puedan recortar, perfilar o esbozar el sentimiento. Quien lo probó lo sabe, sea

quien sea y venga de donde venga, porque —simplemente— es la verdad ante nosotros. La verdad de la madera, de veinte almas y de un Dios hecho carne que sale a nuestro encuentro.

Y esa verdad —que durante siglos ha sido la madre del arte incluso por encima de la naturaleza— es la que veo y la que siento cuando cientos de hermanos echan la rodilla en la tierra alrededor del Nazareno en el silencio de una oración, como desvanecidos al sonido de un golpe que retumba entre las bóvedas barrocas de Santiago.

Y es esa impresionante verdad, alejada de toda impostura, la que vemos en las caras de los que llevan el paso porque duele y porque hay esfuerzo, porque cada uno ha cogido su cruz para seguirle.

Es la sencillez la que hace que en Rioseco afloren sentimientos y afectos sin poder reprimirlos, lágrimas sin contención expresadas con una verdad desnuda, pura, limpias como túnicas en el brazo camino del fresco. Lágrimas que resultan quizás imposibles en otros contextos y gritos del alma en el discurrir del desfile de gremios. Todo me resulta tan directo y tan auténtico, tan de siempre...

Tal vez por eso, cuando los pasos salen a la luz de la calle en un último sacrificio, bajan y bajan, más y más, como queriendo que sus imágenes se fundan en un abrazo colectivo con su pueblo; como un recibimiento apoteósico para el familiar que vuelve de un largo viaje: un Cristo y una Virgen que renueven puntuales su empadronamiento afectivo con nosotros... o cada uno consigo mismo en ese eterno retorno. Dura un instante. Es solo un gesto, porque en un abrir y cerrar de ojos ya están arriba, en su sitio sobre los hombros. Es solo un momento. ¿Qué es un momento? La vida y la muerte caben en un momento, en el roce de un dintel, en un oído entre sangría y pecho. Tal vez por eso el tiempo se densifica, porque cada fugaz instante se paladea y se archiva, construyendo una identidad capa a capa y paso a paso.

Tal vez por eso, porque nos gusta llamar a las cosas por su nombre, no hablamos de *Atado a la Columna* sino de *Ceomico* y, aunque últimamente oigo hablar del *Señor de Rioseco*, yo prefiero seguir tuteando a mi *Nazareno* por su sencillo y hasta malsonante mote, como siempre. Hasta

la Virgen de Castilviejo es la pequeñita. Y tú, Piedad, ya sabes cómo te llamamos y con cuanto cariño. Porque a una madre no nos sale llamarla de usted; porque preferimos tenerte entre nosotros antes que en lejanos altares. Os damos brazos y hombros, os recibimos con la casa limpia y bien arreglada, con un plato de dulces en la mesa y vuestras fotos no faltan junto a las de los nuestros porque sois de la familia y porque nos conocéis a la perfección. Sabéis incluso lo que no nos decimos ni a nosotros mismos. Además, este año los que somos mayordomos colocaremos vuestras varas en el mejor lugar del hogar, para que estéis a la vista, para compartir lo bueno y lo malo de un año de vida. Solo te pido Piedad, únicamente te piden estos mayordomos y los que nos hemos reunido —ya sé que es casi imposible— que no tengamos que sacar las varas desde el Domingo de Resurrección hasta dentro de un año. Todos sabemos lo que significa. Y si lo hacemos, que sea al menos con el consuelo de saber que tú y tu Hijo habéis acogido al que se nos ha marchado.

¿Lo veis? Todo me parece tan humilde —que no pobre—, tan verdadero, auténtico y lleno de vida en nuestra Semana Santa... Tanto como en el lejano 1906 reflejara González Garrido en un estilo menos poético que Unamuno pero igualmente sincero: *«fiestas sencillas en que la fe del pueblo pone el fondo y las añejas tradiciones ponen la forma. Hay que ir, llevando el corazón lleno de fe viva y el alma vestida de aquella sencillez»*.

Las puertas ya están abiertas. Siempre me he preguntado quién tuvo la idea de colocar sobre la entrada de la capilla de Álvaro de Benavente ese *«dadme cada día un cuarto de hora de oración —de reflexión— y os daré el cielo»*. Es como un aviso para navegantes antes de entrar en el mar embravecido de su interior. Ante el impacto de sus yesos, la mirada vaga frenética y embriagada de un lado a otro... hasta que recomponemos la calma perdida al recordar la inscripción. El caos deja paso a la reflexión. Un poco así es la experiencia de nuestra Semana Santa, entre los torbellinos de las emociones y los remansos de las reflexiones. Corro y plaza, rúa y ronda.

Las puertas ya están abiertas para acercarnos a nuestra verdad y no debemos temer nada. Hace unos instantes pasábamos por las de Santa María, bajo un feroz animal que parece querer descolgarse. Alguien se jugó la vida para matarlo en el otro lado del mundo, encomendándose tal vez

a la Virgen de la Soledad. Se enfrentó a sus miedos, ganó la batalla e hizo de la piel del cocodrilo un trofeo que remitió a sus convecinos de la vieja Castilla. Piedad, siempre lo miro al pasar bajo su sombra el Viernes Santo, recordando miedos y curiosidades infantiles, esperando que de un salto se plante en el suelo. Yo sé que eso no pasará, no porque sea un despojo sino porque a vuestra vera, Piedad, Sepulcro o Soledad, Afligidos o Paz no hay qué temer. Todos atravesamos la misma puerta y todos tenemos nuestros propios cocodrilos a batir. Acordaos siempre de los que nos ayudan.

La vida es un continuo cruzar puertas. Dicen que las de la capilla de los pasos grandes se abren desde dentro pero bien sé yo que el Viernes Santo se abren desde el corro de tanto mirarlas. ¿Verdad que esa plaza no es la misma por la que acabamos de pasar y por la que transitamos a diario? La del arco de Ajújar parece hacerse cada vez más apuntada con cada una de las rodilladas. Y aún hay hermandades que paran el desfile ante la casa del hermano... porque a un hermano y su familia se le saluda al pasar; y más si se trae a Cristo en la Desnudez.

Hay otra puerta que todos cruzaremos, abierta *de sol a sol* en lo alto de un páramo. Hoy he vuelto a subir la cuesta respirando el aroma de los cipreses y las cebadas renovadas, pasando junto al *Cristo de la Convalecencia* de la antigua penitencial de la Vera Cruz. Hoy he vuelto a ver aquellos pasos y placas de bronce salpicando los mármoles, recordándome cuántas túnicas encierran y el viento me ha susurrado muchos nombres y muchas historias. Dice Cortázar en *Rayuela* que cada vez se siente menos y se recuerda más, pero que el recuerdo no es otra cosa que el idioma de los sentimientos, «*un diccionario de caras y días y perfumes que vuelven*».

Mis abuelos han pasado revista al pañuelo, hasta entonces mal anudado y he visto a Julia satisfecha y llorosa, especialmente cuando le he dicho que ya tengo tu vara, Piedad, la de su suegro, su marido, su hijo y su otro nieto. El año que viene tocará el banderín que bordó Julita. Raquel Fernández espera con su amplia sonrisa a que Jaime le informe de la formación del *Longinos* y Pablo Asensio cuenta las horas para jalearlos en el desfile de gremios, mientras Tere y Clemen ultiman un refresco en la casa familiar y Mariano González alinea las aceitunas, en animada conversación con Ángel Brizuela. A lo lejos, con el hábito y el pañuelo blanco vienen Modesto Yenes, Fortu, José Luis de Castro, Carmelo y Anastasio. Y se les

ha sumado Pedro Herrero. Hilidio, sin ser hermano, tiene reservado su hueco de siempre y para siempre en la puerta de la capilla. Vicente Martín sigue afanado seleccionando las ramas de olivo junto a Juan Carlos Gómez y Sheila. Un paso por detrás, Antonio García dirige junto a Gregorio Carnicero la complicada colocación de la columna en los *Azotes* y Julián Santamaría atornilla el *Ceomico* mientras Cheli Amigo saca brillo a su tablero. Y un poco más allá, Jesús Galindo presta sus pinceles al *Ecce Homo* —¡prohibido mirar bajo la túnica!—. Ya se la han traído al *Nazareno de Santa Cruz* Pedro Galván y Gregorio Álvarez y comienzan a colocarla cuando Miguel Fernández pasa con los claveles de la *Dolorosa* porque Julián Álvarez ya ha colocado los puñales. Mientras echo una parlada con Manolo y José —que están poniendo los tacos al otro Nazareno— he podido ver a Jesús Acuña, a Quique y Luis González Miranda besar el cordón, ese cuyo olor se fijó en mi recuerdo desde que tengo conciencia de su existencia, y aún antes. Antonio Llanos y Manolo Vian siguen dirigiendo el montaje del *Cristo de la Paz*, aún más majestuoso colgando del pretil del órgano de Santa María. Ángel Lobato se afana en la iluminación del *Sepulcro* para que este año brille de forma especial porque desde el cielo lo sirve José Ramón Barrios donde doña Miguela. ¡Qué vacíos los soporales este año sin el imprescindible saludo de Luismi Rivas y la sonrisa de Fidel Santamaría! Incluso me ha parecido ver a José Antonio Pizarro escribiendo versos sonoros a la *Soledad* y a Chema Román aclarar su voz radiofónica para el *Cristo de los Faroles* o a Vicente Rodríguez con su capa blanca y brillante. «*Yo se que existo porque tú me imaginas*», como dijo Ángel González.

Y, ¡cómo no!, he dado el abrazo de siempre a Ramón y a Segundo, a Emilio y Antonio Rubio y a Javier Alonso, que estaban hablando de procesiones bajo el sol del Viernes Santo, siempre con Elo Aníbarro a la cabeza de la fila. Entre ellos se han mirado con picardía y, seguramente con melancolía, escudriñando a qué novato le corresponderá el flan con aliño. Ellos visten de negro por un hombre desnudado *a redopelo*. Mis otros hermanos —bien los conoces Piedad— visten de tu blanco, una seriedad inmaculada como la gravedad que siempre me transmite Andrés García. Luis San José ya tiene reservado su poso en la cadena al llegar a Santiago, junto a Julián Martín Barrera, Germán y su inseparable Vicente Reguera... y dos hermanos, Basilio e Isidro, a los que tanto debo. Y una voz, un vozarrón enorme y amigable cosida a un puro a medio encender y siempre

sin consumir: la de Luis Ballesteros. Cómo iban a faltar Santos, Domi o Regina, esa mujer que entregó el alma mirándote a los ojos: «*vendrá la muerte y tendrá tus ojos*», como el verso de Pavese. Todos, puntuales, ya están también preparados un año más. Han dicho sí al preguntarles si están conformes con sus puestos, con su medalla reluciente y orgullosa...

Esta es una pequeña, solo una pequeña parte de mi diccionario sentimental de caras y días de los que habla Cortázar. Que hoy abra sus hojas y las comparta con vosotros pudiera parecer un burdo recurso para captar vuestra atención. Os confieso que incluso me he resistido a ello. Pero las imágenes fijas que guardo de todos y de muchos más han aflorado con tal fuerza que no podía ocultarlas, porque forman parte consustancial de mi Semana Santa, de esa cotidianeidad que es la Semana Santa en Rioseco. Y ahora vosotros: abrid también las puertas —siempre las puertas abiertas— de vuestro diccionario de recuerdos. No tengáis empacho en compartirlos en las juntas o en las cenas, en los refrescos o en cualquier oportunidad que tengáis. Hablad de este patrimonio —porque también lo son estos «*árboles talados que retoñan*» que dijera Miguel Hernández— que se suma a las obras de arte o al discurso histórico, porque son ya también monumentos, recuerdos. Hablad sobre todo a los niños. Ellos están comenzando a formar su propio álbum de recuerdos y vivencias. Coged su mano siempre, pero especialmente ahora, en el desfile de gremios, en la junta o en la procesión para transmitirles esos valores de una esencia compartida, sin olvidar que en parte somos lo que dejamos en los otros. Me viene a la mente la famosa carta de Albert Camus a su profesor al agradecerle «*la mano afectuosa que tendió al pobre niño que era yo, sin su enseñanza y ejemplo, no hubiese sucedido nada de todo esto*». Qué grande es la Semana Santa al juntar en una mesa a generaciones tan heterogéneas y concertar las voces de los viejos maestros y los jóvenes oídos, ávidos de historias hasta llegar el alba.

Ya están por fin las puertas abiertas. Ya es Semana Santa.

UN PATRIMONIO IDENTITARIO SIN FIN.
EN EL SENDERO DE LA HISTORIA Y EL ARTE

Patrimonio. Desde hace unos años usamos con frecuencia la palabra patrimonio. Hasta ha sido protegida nuestra Semana Santa como Bien de Interés Cultural Inmaterial por sus múltiples valores: su riqueza, su carácter tradicional e integrador, sus particularidades o su continuada vitalidad. Más que un galardón supone una obligación; una obligación que —aunque la cumplamos con gusto— trasciende los límites de lo local. Entre sus muchas acepciones, patrimonio es ese bien heredado de los padres que queremos transmitir al futuro. Permitidme que exprese lo enormemente afortunado que me siento al ver que los míos se encuentran hoy aquí y que pueda agradecerles todo lo bueno que puede que tenga y el haberme nacido en este lugar. Umberto Eco definió muy bien qué es patrimonio al hablar de *«la memoria del pasado, que nos dice por qué somos como somos y nos confiere nuestra identidad»*. Nada más y nada menos.

El álbum sentimental al que me refería hace unos instantes y que todos poseemos, abarca algunas generaciones, como mucho dos o tres. Las tan reproducidas fotografías de finales del XIX o comienzos del XX tomadas en el corro de San Miguel, en la calle Mediana o en Román Martín están pobladas de rostros sin nombre y grandes ojos de mirada espectral que parecen interpelarnos para contarnos sus historias. Si alguno de aquellos hombres y mujeres estuviera hoy aquí os diría cosas como que había que tocar las musculosas piernas del sayón desdentado del *Nazareno de Santiago*, ese que acababa de hacer Claudio Tordera y que ya había sido rebautizado con el mismo mote que su antecesor: el *Cuatro cuartos*; os hablarían del *Gállara* —¡cuidado si en Rioseco te decían que eras tan feo como el Gállara!—, el soldado con la lanza de la *Desnudez* que portaba estas bolitas nacidas en los robles. Os preguntarían también si no conocéis al *tío Buletos*, ese hombrecillo ya mayor que, rodeado de muchachos, tocaba el pardal y que sacaba a las gentes de sus casas porque —literalmente— *«nadie después de oírle se muere en el año»*. Dejad, dejad que los niños vayan con el pardal y que jueguen a hacer pasos —que es hacerse mayores—, y que midan sus fuerzas intentando levantarlos de los banquillos... Dejadlos, animadlos. Y os hablarían aquellos nombres perdidos de los muchos turistas que venían *«de toda Castilla y aún de fuera de nuestra región»* en sus carros, en los

trenes especiales y en algo llamado automóvil (1911). ¿Os los imagináis viendo en 1929 por primera vez la grabación de la salida de los pasos grandes filmada semanas antes con Jorge Guillén como espectador? Claro que hemos cambiado, incluida la Semana Santa.

Es ahí cuando el historiador, que posee un arado que permite clavar-se más en la tierra común de los siglos, puede profundizar en la memoria, sacar a la luz, interpretar y aprehender lo que permanece oculto bajo nuestros pies. Gracias a ellos sabemos que la Semana Santa ha logrado sobrevivir en una continua evolución, entre las coyunturas más diversas y adversas, en parte amoldándose y adecuándose y en parte férrea en sus convicciones. Unos cimientos que a mi juicio los construyeron la Fe, una socialización en hermandad y ayuda mutua, el arte (o mejor, una estética) y su capacidad integradora que crea identidades. Con qué claridad en 1909 se la describió como un *«singular e interesante cuadro religioso y profano a la vez, en el que la piedad se armoniza con lo mundano y la mundanidad se alía con lo piadoso»*.

A estas alturas, apurando líneas y minutos, siento no haber cumplido con lo que se esperaba de mí. Ya no puedo hablar de los orígenes de las penitenciales, de cuánto debemos a los que crearon la Vera Cruz, la Quinta Angustia y Soledad y la Pasión allá en el siglo XVI, de cómo se organizaban, ni tan siquiera de los pasos que fueron creando y que hoy en gran medida siguen siendo nuestros devotos buques en ese navegar de los siglos. Tantas y tantas explicaciones para cada uno de nuestros *hechos diferenciales*: el desfile de gremios, los tapetanes, las cenas de hermandad, el pardal, el color de las túnicas y hasta la elección de las calles por las que transita la procesión. Todo un proceso definido y actualizado año a año, siglo a siglo.

En momentos de tanta confusión como los que hemos vivido y aún estamos viviendo me vienen a la mente otras épocas no menos turbulentas en las que el empeño de los riosecanos por mantener su Semana Santa logró imponerse. Fijaos. ¿Qué diríamos hoy si alguna autoridad pensara en suprimir la salida de algunos de nuestros pasos? Pues esto ocurrió varias veces hace más de dos siglos. Mientras por todo el país decaían y se achicaban las procesiones, aquí el proyectado recorte no pudo materializarse por temor a una rebelión popular. La Fe y la tradición se impusieron. Y

pocos años después, con una ciudad asolada por el hambre y el desastre de la guerra contra Francia, los gremios definitivamente tomaron el relevo. Todo estaba atado, atado casi milagrosamente. Con cuánta claridad lo expresaron unos pocos hermanos de la Flagelación en 1814 sobre los rescoldos de una ciudad saqueada: juntos para dar *«ejemplo a nuestros hijos y sucesores para que nos imiten, teniendo como fondo la tradición heredada de nuestros mayores y el anhelo de no perder el sentido de la continuidad de los siglos»*. Las raíces eran fuertes y la higuera rebrotaba. No le han faltado hijos al Jesús azotado... ni al Nazareno de Santa Cruz, que renació hace doscientos años para mantener *«la costumbre inmemorial»*. Y así, cofradía por cofradía y hermandad por hermandad, en sus viejos libros aparece una y otra vez la misma meta, la misma necesidad de perpetuarse. Y, llegada la República, mientras los extremismos hacían que en muchos lugares se cancelaran las procesiones, en Rioseco hubo concejales que defendieron *«ser laico en el Ayuntamiento (...) y en la hermandad católico, apostólico y romano»* y que por eso mismo cargarían los pasos, como siempre.

Por todo esto, hace un siglo, a fuerza de Fe y de tradición, las páginas de *El Sol* reconocían que las procesiones de Rioseco compartían *«únicamente con las de Zamora, en toda Castilla, la nombradía secular»* (1927) y Ricardo Allué recomendaba que quien quisiese ver fastuosidad y esplendor fuese a Andalucía, *«el arte, solo el arte a Valladolid y la emoción religiosa a Rioseco y a Zamora»* (*El Sol*, 1926). De esto ha pasado un siglo y es bueno recordarlo aunque une lleve grabado a fuego ese lema que presidía el aula de 4.º del colegio de San Buenaventura, aquel nostálgico rincón de nuestras vidas donde muchos de nosotros estudiamos y compartimos ansias infantiles de Semana Santa. Allí, Chonita escribió : *«El que ponga la mano en el arado y eche la vista atrás no es digno del Reino de los Cielos»* (Lc 9, 62). ¡Qué sería de mí sin mi arado y sin echar la vista atrás! Si lo hago ahora, si lo hace la generación que en cierto modo represento y lo hacemos todos, no es para autocomplacernos por el camino recorrido sino para ver que los surcos van bien rectos y que han de seguir así, antes de proseguir la marcha hacia el horizonte infinito. Solo un respiro y hacia delante, en la línea recta y sumando esfuerzos.

Sé que también se espera de un pregón que sirva para animar al forastero a venir y a descubrirnos en estos días, pintando las excelencias de

nuestro arte y dramatizando alabanzas. Yo no lo voy a hacer porque es innecesario. Porque cada cofrade lleva un pregonero dentro que esparce por donde vaya su ilusión y su emoción a golpe de convicción y de verdad. Y si alguien no os cree, decidle eso que escribió el mismo Allué hace cien años: que la Semana Santa de Rioseco es sobre todo «*emoción lograda sin artificioso esplendor, sin elementos espectaculares ajenos. La emoción brota de la fe (...) quien no ha vivido, siquiera una vez, estas horas solemnes y religiosas de Rioseco, ha dejado de gustar una de las más hondas emociones de espiritual belleza*» (El Sol, 1927). Porque no hay nadie que pueda dejar de maravillarse ante esta rotunda mole de nogal hecha alabanza mariana. Porque no hay quien pueda —como le pasó a Pardo Bazán— «*dar idea de aquel desate de fantasía lujosa, oriental*» que es esta capilla de los Benavente. Porque todos terminarán siendo atrapados por la fastuosidad de Santiago y las tallas de Tomás de Sierra. Y porque nadie queda indiferente al levantar la vista hacia las tribunas de San Francisco, esos enjambres que hacen burla a la antigüedad. Dejadles, dejadles que vengan y vayan descubriendo poco a poco tanta riqueza que nos ha sido legada.

Pero dejadles que vengan en Semana Santa solo si están preparados: solo si dejan de ser turistas para arrimarse, para estar dispuestos a sufrir la angustia de un dintel demasiado bajo, tan bajo que duele mirarlo; solo si de verdad se conmueven con el arte y lo que representan estos pasos moviéndose parsimoniosos para enfilar la rúa mayor, en un girar que es puro teatro; solo si están dispuestos a moverse entre un caserío iluminado por la primera luna llena de primavera —entre el olor del pan, del anís y de la cera ardiendo—; solo si sienten el bamboleo del baile, el tacto del pie de Nicodemo o del velo enlutado de la Alegría y la visión de una Madre o de un Hijo con el pecho atravesado por y para nosotros; solo si están dispuestos a postrarse en una rodillada o a subir al cielo en la escalera de Santiago o en un oído al hombro. Que vengan... sí. Que vengan si son capaces de mirarte a los ojos, Virgen de la Piedad, o Dolorosa o del Longinos, o de la Soledad... y reconocer en ellos la Fe de nuestros antepasados. Que vengan si están preparados para la espalda del Cristo de la Flagelación, la sereñidad del yacente o el abrazo inmenso del Cristo de la Paz. Que vengan dispuestos para el frío de la noche y el calor del fervor, para la emoción sin filtro, para un espectáculo que no está preparado ni ensayado porque se aprende desde la cuna y únicamente se deja en la tumba. Que vengan a contagiarse del dolor y de la alegría que nos inunda.

Que vengan, que lo entiendan y que no lo olviden. Sobra cualquier pregón y cualquier explicación turística.

Que vengan para sentir, para sentirte y para sentirnos.

Todo está consumado, Virgen de la Piedad.



Gracias y mil gracias por darme cobijo una vez más bajo tu amoroso manto de terciopelo. Gracias por el milagro de hacer que todo lo que quiero en esta vida se haya podido reunir en tan pocos metros cuadrados, en el mismo lugar en el que las aguas del bautismo me hicieron hijo tuyo. En el mismo lugar en el que algún día espero recibir el postrero rocío de tu agua, vestido de blanco, entre la luz de mis hermanos y el brillo de dos insignias. Todo se habrá consumado.

Ya se han abierto las puertas de la Semana Santa. Limpiad las medallas y llevadlas con orgullo.

No sé si, como escribió Díez Rumayor, los cristos y vírgenes de Medina de Rioseco son los más milagrosos. Cada pueblo tiene los suyos. Pero sí estoy de acuerdo con él en que, aunque *«en todos los lugares de la tierra puede creerse en Dios, en ninguno se le reza mejor que en el propio lugar de cada uno»*. Cuánta razón tenía, Jesús de la Desnudez y Virgen de la Piedad. Cuánta razón tenía, queridos amigos.

Muchas gracias

RAMÓN PÉREZ DE CASTRO
Pregonero de la Semana Santa de 2022



